

JULIO ORTEGA y JOSÉ AMOR y VÁSQUEZ, editores. *Conquista y Contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo* (Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana). México: El Colegio de México y Brown University, 1994.

Publicar sesenta y cuatro de las ponencias presentadas en un congreso concurrenciadísimo como el que fue el número veintiocho del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en Providence, Rhode Island, en junio de 1990, implica de por sí una labor de agrupación de los más variados estilos y posiciones críticas. En este caso, si bien el motivo central del encuentro fue el de su propio título (“Letras coloniales: interacción y vigencia”), por el carácter de los estudios literarios coloniales y por la inmensidad numérica de autores y textos del periodo, el marco de delimitación se ve rebasado más de una vez por la importancia de las letras coloniales en la literatura latinoamericana contemporánea y en los estudios académicos en general. Transgresión saludable dentro de una disciplina que en los últimos lustros ha mostrado una vitalidad sin parangón dentro de la crítica literaria en español, y que suscita un interés teórico y metodológico de consecuencias tanto importantes como interesantes para el mejor conocimiento del pasado colonial.

Aunque no todas las ponencias constituyen aportes al desarrollo del campo, ya el esfuerzo realizado de la reunión misma y de la publicación que hoy reseñamos permite entrever algunas de las líneas más fructíferas que se vienen dando en los últimos años. Pero antes de señalar estas líneas en el comentario sobre las ponencias publicadas, conviene mencionar algo sobre la estructuración del libro: una nota de agradecimiento de Julio Ortega sobre las personas e instituciones que hicieron posible la edición, y las amenas e informativas “Palabras preliminares” de José Amor y Vásquez al Congreso encabezan el cuerpo de las ponencias, que se ordenan siguiendo un criterio cronológico relativamente lineal. Al carecer de agrupaciones por subtítulos o por sesiones, las sesenta y cuatro ponencias mantienen una implícita homogeneidad que va del mundo prehispánico a la literatura contemporánea de tema colonial y a las apropiaciones que de las letras coloniales se han hecho durante el periodo republicano. Esto, naturalmente, implica periodos y temas intermedios como las crónicas del Descubrimiento y la Conquista, la épica renacentista, la lírica barroca, la Ilustración y la Independencia, en una suerte de historia literaria que subyacentemente otorga coherencia al ordenamiento de las ponencias.

Al constituirse como historia literaria implícita cuyo centro temático y temporal es el mundo de la Colonia, el conjunto del libro se ofrece como posibilidad de lectura múltiple sugerida desde su mismo título. A esto se añade el campo abierto que el subtítulo (“La escritura del Nuevo Mundo”) propone para las más variadas propuestas, negativas algunas y afirmativas las otras, sobre la especificidad y originalidad de las letras coloniales como antecedente de la literatura latinoamericana actual, con mayor seguridad un sistema literario independiente del de cualquier continente o subcontinente. Aunque no participaremos aquí de uno u otro bando respecto de las letras coloniales, señalaremos sí los argumentos que algunos de sus más intrincados exponentes esgrimen, lo que siempre cabe comprender dentro del formato oral y de apretado tiempo en que originalmente se presentaron.

El grupo inicial de ponencias, como ya se ha mencionado, corresponde al estudio de textos directamente vinculados con discursos indígenas que de alguna manera recogieron. En ese sentido, el trabajo de Walter Mignolo y Colleen Ebacher, que abre el conjunto,

propone una necesaria revisión del estatuto híbrido y plurivocal de los *huehuetlatolli aztecas* trasvasados en formato escrito y desvinculados de su entorno social y cultural. Asimismo, la recolección de datos que Juan Carlos Godenzzi ofrece en la segunda ponencia sobre “el castellano de escribientes quechuas y aymaras”, permite a los lectores de textos fuertemente intervenidos por sustratos lingüísticos andinos (como los de Waman Puma, Titu Cusi, Pachacuti Yamqui, por ejemplo) contar con elementos de juicio para una evaluación filológica y una comprensión más adecuada de tales textos. También sobre el mundo andino, Verónica Salles-Reese expone los procesos de sacralización sinéctica en textos como el de Ramos Gavilán, y sobre “el canto indígena” en el mundo maya y azteca Judit Gerendas explica su función con respecto al entorno cultural y natural. Claire Pailler propone luego una “lectura romana” de los *Comentarios Reales*, en una exploración necesaria que ahonda en las fuentes clásicas del Inca Garcilaso, pero que, por su mismo carácter, no se distancia de las evaluaciones europeizantes que son las más frecuentes en la crítica garcilacista. Por su lado, Lydia Fossa examina el significado de la “capac hucha” o sacrificio ritual incaico en *El señorío de los Incas*, de Cieza de León, sugiriendo nuevas alternativas de lectura, y Alonso Zarzar se refiere a la rebelión de Juan Santos Atahualpa, ya en el siglo XVIII, a partir de su carácter utópico, en un ejercicio de exposición histórica más que de análisis literario.

Luego sigue el grupo de ponencias vinculado al tema del Descubrimiento, con el trabajo de Sandra Ferdman sobre Colón y su discurso “des-orientado” como “origen de un discurso latinoamericano” (argumento que excluye los problemas textuales lascasianos en los *Diarios* de Colón); también la ponencia de Alicia Llarena González sobre “los cronistas de Indias” y su “asombro verbal” ante la realidad americana, en otro esfuerzo por encontrar un origen de la especificidad latinoamericana dentro de las crónicas tempranas; la de Sara Poot Herrera sobre el tratamiento de la mujer indígena en los textos colombinos, y luego el análisis semiótico de Rocío Quispe Agnoli sobre el motivo “origen” en la *Historia* de Murúa acerca de los incas, quizá más ubicable dentro del primer conjunto de ponencias. Siguiendo con el segundo conjunto cabría mencionar las exposiciones siguientes, como la de José Luis Martínez, que sirve para reformular el problema de las fuentes de Cervantes de Salazar; la de Catherine Poupeney Hart sobre “el cuento en la *Relación* de Francisco Vásquez” como un adelanto potencial de la pluralidad de géneros en la narrativa contemporánea, dentro de la misma línea de Ferdman y Llarena; y la de Trinidad Barrera, dedicada al *Parnaso antártico* de Diego Mexia y sus implicancias bibliográficas dentro de las traducciones que se han hecho de las *Heroidas* de Ovidio. El trabajo siguiente, de Nina Gerassi-Navarro, versa sobre el problema de la voz narrativa y el género de los *Naufragios* de Alvar Núñez; y el de Maureen Ahern, sobre la organización de “espacios orales y culturales” en la *Relación de la jornada de Cibola*. Se vuelve a la *Relación* de Francisco Vásquez en el trabajo de Johana Emmanuelli Huertas, y otra vez a la *Relación de la jornada de Cibola* en la ponencia de Carmen de Mora, para pasar luego revista al *Carnero* de Rodríguez Freile en el trabajo de Yvette Hernández. Una primera ponencia sobre el Brasil colonial y la importancia de la naturaleza dentro de sus representaciones locales es la que ofrece Regina Zilberman, y una útil discusión sobre los prejuicios contra la *Historia* de Benzoni es la que elabora Alessandro Martinengo.

Pasando a un tercer conjunto, cuyo común denominador sería la consolidación de la sociedad virreinal y la presencia del Barroco, el trabajo de María Águeda Méndez ofrece

una llamativa muestra de textos de los archivos de la Inquisición en la Nueva España y su relación con el “amor transgresor”; Ester Gimbernat de González destaca la singularidad de la *Invectiva Apologética* de Domínguez Camargo; y luego Fernando Ainsa se refiere a la “génesis del discurso utópico americano” y a la importancia de la transculturación de los mitos de la Edad de Oro y del discurso lascasiano, en una ponencia que bien pudo haber sido colocada dentro del conjunto anterior. Inmediatamente después Electa Arenal y Stacey Schlauf examinan “el convento mexicano como recinto intelectual” no sin cierto tono apologético; y Margarita Peña se refiere a “la poesía épica en la Nueva España”, en un recuento de obras que resulta útil como referencia pero que no ahonda en las implicancias que para la formación de un sujeto criollo tal producción verbal tenía, amén de incluir la *Vida de Santa Rosa* del Conde de la Granja como obra novohispana, cuando se sabe que fue escrita en, desde y sobre el Virreinato del Perú por un peninsular naturalizado en Lima. Lo único novohispano del poema de la Granja es la edición mexicana de 1729, segunda de la obra, que Peña, sin embargo, no menciona. Sigue luego la exposición de Georgina Sabat-Rivers sobre problemas textuales en la edición de las obras de Sor Juana, con el rigor y calidad a que nos tiene acostumbrados; la de Guillermo Schmidhuber sobre el hallazgo de *La segunda Celestina*, comedia comenzada por Agustín de Salazar y supuestamente terminada por Sor Juana, tema que Antonio Alatorre discute al final del libro en su propia ponencia sobre Sor Juana. Para seguir con las monjas, Alessandra Riccio exalta las virtudes de “la autobiografía de la madre Josefa del Castillo”; y luego Flor María Rodríguez-Arenas cambia el tema y pasa al ambiente barroco y contrarreformista de la Nueva Granada y al estudio del *Desierto prodigioso y prodigio del desierto* de Pedro de Solís. Alicia de Colombi-Monguió se ocupa de un tema de su especialidad, la *Miscelánea austral*, de Dávalos y Figueroa, aportando informativos datos biobibliográficos; y luego Daniel Torres propone una defensa de la originalidad de la lírica barroca americana. Aura Román se refiere inmediatamente después al tema de la mujer-bruja en la tradición oral; Magda Renoldi-Tocalino a la escritura de mujeres en el Brasil colonial; y Martha Elena Venier a las particularidades de la curiosa obra *Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México* de Diego Cisneros. La interesante ponencia sobre la *Vida* del Capitán Contreras, por Eduardo Forastieri-Braschi, queda flotando entre este conjunto y el cuarto, centrado sobre temas relacionados con la Ilustración y la Independencia.

Así, Luis Monguió, con su habitual erudición, nos informa sobre “Un paradigma del neoclásico americano: Manuel de Zequiera y Arango”; Leopoldo Bernucci, sobre las semejanzas y distancias entre *O Uruguai* (poema épico en portugués de 1769) y *La Araucana* de Ercilla; Fernando Delmar, sobre un texto novohispano inédito de la segunda mitad del XVIII, titulado, como la ponencia, *Discurso filosófico sobre el lenguaje de los animales*; Rodrigo Cánovas, sobre Úrsula Suárez, controversial monja chilena de principios de XVIII; Raúl Zamalloa, sobre la especificidad ilustrada del *Mercurio peruano* a través de su polémica con el *Semanario Crítico*; Joaquín Marco, sobre *Adela y Matilde*, novela de 1842 escrita por un militar español simpatizante, después de todo, con la causa independentista del Perú; y Rosario Rexach, sobre “El proceso antiesclavista en Cuba”.

Un quinto conjunto de ponencias podría demarcarse a partir del trabajo de Rafael Olea Franco sobre la apropiación que a fines del XIX González Obregón practica del pasado novohispano. José Luis Ramos Escobar, en orden consecutivo, estudia el teatro puertorriqueño en función de la sociedad colonial del XIX. Roberto González Echevarría

se refiere a los “fundadores de la historia literaria latinoamericana” mediante el acercamiento a los primeros bibliógrafos, coleccionistas y antologadores que, sobre todo en el XIX, organizaron el *corpus* colonial (aunque se usen indistintamente los adjetivos latinoamericano e hispanoamericano sin delimitarlos). Anna Caballé toca los casos chileno y argentino del relato autobiográfico durante el XIX; y Benitno Sánchez-Eppler analiza *Cecilia Valdés* en una perspectiva que conjuga la explotación económica y social con la dominación sexual durante el esclavismo en Cuba. Luego Maya Schärer-Nussberger explora el tema de la autenticidad del indianismo en *Cumandá*; Sibylle M. Fischer, el idealismo pro indígena de Mediz Bolio y Abreu Gómez a partir de textos coloniales “que borran la Colonia” novohispana; Malva E. Filer, las imágenes indígenas y de conquistadores en *Maladrón* de Miguel Ángel Asturias; y Leo Emilfork, el tratamiento del tema de Colón en dos poetas norteamericanos de innegable importancia: William Carlos Williams y Walt Whitman.

Luego, dentro de las mismas lecturas sobre apropiaciones modernas del pasado colonial, los trabajos de Walter Bruno Berg (sobre Lezama Lima), Marga Graf (sobre Carpentier, Asturias y Fuentes), Rita de Grandis (sobre la última novela de Arguedas y el Manuscrito de Huarochiri), Alicia Rivero-Potter (sobre Rosario Castellanos y su tratamiento de la Malinche), Yvette Jiménez de Báez (sobre Rulfo), Mercedes Rivas (sobre Reinaldo Arenas), Georgina García Gutiérrez (sobre *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes), Amalia Pulgarín (sobre Abel Posse), y Rita Gnutzmann (sobre *El entenado*, de Juan José Saer), dan cuenta de la presencia constante que el mundo colonial sigue teniendo en la narrativa hispanoamericana de nuestros días.

Por último, una provocativa ponencia de Jacques Lafaye sobre si “¿Existen las ‘letras coloniales’?” enfatiza las similitudes entre los textos criollos y los peninsulares, con lo cual minimiza la especificidad de los primeros, además de incurrir en listas incompletas para asegurar “la ausencia, en Indias, de poesía mística”, y en opiniones —nada nuevas, por cierto— sobre “el estilo de un humanista español italianizante”, que supuestamente habría sido el Inca Garcilaso, para explicar la complejidad de los *Comentarios Reales*. Los estudios de Antonio Cornejo Polar, sobre el hispanismo de Riva Agüero y de Palma y sus distintas apropiaciones de la Colonia; y de Antonio Alatorre sobre la importancia de la labor filológica para el mayor “avance” en el conocimiento de la obra de Sor Juana, cierran las 670 páginas del libro.

Desgraciadamente, la tiranía del espacio no permite una evaluación más minuciosa e individualizada de cada una de las ponencias, aunque algunos puntos evidentes han sido resaltados a lo largo de la enumeración. Si bien los sesenta y cuatro trabajos ofrecen distintos niveles de rigor, hay que celebrar, por un lado, la variedad de temas y de perspectivas que se ofrecen en este libro al estudioso de las letras coloniales, y mencionar, por el otro, que algo hubiera facilitado su lectura la agrupación más explícita por temas o periodos, especialmente cuando algunas ponencias que tratan de los mismos textos están dispersas entre otras con las que no guardan mayor relación. Tal vez respetar la organización de las sesiones hubiera servido para ello, aunque entendemos que eso hubiera significado resaltar, por su ausencia, los trabajos no seleccionados.

En conjunto, *Conquista y Contraconquista* permite tener una idea aproximada del estado de los estudios literarios coloniales en el momento del Congreso, aunque algunas de las direcciones teóricas y metodológicas más interesantes de los últimos años (como el problema de la formación y oposición de distintos sujetos coloniales y la pertinencia de

este acercamiento para la disciplina) no hayan sido tratados con más amplitud. Faltan también, por momentos, referencias bibliográficas adecuadas en algunas de las ponencias, lo que se explica por su presentación oral inicial. Asimismo, es de notar que “la escritura del Nuevo Mundo” se encuentra examinada mayoritariamente a través de autores criollos o peninsulares (sólo seis de las ponencias tratan temas de autores o voces indígenas o mestizas), cosa que, naturalmente, escapa del control de los editores y aun de los organizadores del encuentro. Lo voluminoso de la publicación, y su existencia misma, exceden, sin embargo, toda pretensión específica, que, como en cualquier congreso de tema tan abierto, formará parte de un universo y un diálogo más amplios donde las más diversas voces contribuirán a su manera. Bastan los trabajos de Mignolo y Ebacher, Fossa, Sabat-Rivers, Martinengo, Colombí-Mongiú, Mongiú, Zamalloa, Cornejo Polar y algunos otros para demostrar que los estudios literarios coloniales van por buen camino y que los congresos sobre el tema siguen siendo, por lo menos, informativos y justificables.

Temple University

JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI

JULIE GREER JOHNSON. *Satire in Colonial Spanish America: Turning the New World Upside Down*. Austin: University of Texas Press, 1993.

Através da sua obra *Satire in Colonial Spanish America*, Julie Greer Johnson explora a maneira pela qual a sátira, como manifestação literária, floresceu no Novo Mundo durante três séculos, a partir da chegada de Colombo até a época das revoluções independentistas, que marcaram o final da era colonial na América Hispânica.

Delimitando o seu estudo à área geográfica da América espanhola, Greer Johnson defende a tese de que os satíricos que habitavam os domínios espanhóis da América, tinham, como indivíduos, ou como coletividade, o intento de romper com a Espanha, como símbolo de poder hegemônico religioso e político. A autora sugere que a atitude dos satíricos no Novo Mundo os distanciava do domínio intelectual da Espanha e os empurrava em direção a uma maior liberdade. Dessa forma, para Greer Johnson, a sátira colonial hispano-americana se constituía num “efetivo veículo de subversão para um grupo marginalizado” (17).

Greer Johnson organiza o seu livro a partir de uma sequência temático-cronológica, que trata especificamente da sátira e de tradicionais e reconhecidos satíricos que produziram suas obras nas diferentes colônias espanholas da América. O primeiro capítulo apresenta uma abordagem geral sobre a origem da sátira no Velho e no Novo Mundo. A idéia principal que emerge nessa parte introdutória do livro é a de que a sátira surgiu no Novo Mundo como decorrência da discrepância entre a imagem gloriosa do Novo Mundo divulgada na metrópole e a dura realidade da vida na colônia, experimentada por colonizadores e colonizados e documentada particularmente por letrados de origem peninsular que se fixaram ou que viveram temporariamente nas possessões espanholas da América. De acordo a opinião da crítica colonialista, expressada nesse capítulo e também na parte introdutória do livro, foi a partir desse grupo de escritores que a sátira hispano-